

ciones, las fastidiosas pérdidas de tiempo, los densos criterios de prudencia y la genérica pereza de aquellos que, debiendo prevenir, se muestran, al contrario, inciertos, mezquinos, ineptos.»

En estas palabras están también señalados los vicios de la vida económica española. El capital español supera en cobardía al de cualquier otro país. Sin embargo, muchas veces se debe este su retraimiento á una absoluta ignorancia de las condiciones de producción y cambio, en que podrían crearse numerosas industrias. El capitalista español desconoce la riqueza natural de su país hasta que vienen á explotarla los extranjeros. Otras veces se lanza á industrias para las cuales no hay suficiente mercado, ó las cuales no pueden competir con las extranjeras semejantes, de donde sobreviene la ruina. Como está poco familiarizado con el mundo de los negocios, se da el caso frecuente de que al capitalista español le fascine cualquier proyecto en que se le prometan ganancias fabulosas, y que, en cambio, despida con un encogimiento de hombros al que le proponga un razonable plan de explotación industrial de moderado rendimiento.

Una Sociedad española para el fomento de la industria podría ser un modo de agrupar á los capitalistas que buscan una explotación de interés nacional; á los inventores, que no saben qué hacer con sus inventos; á los organizadores y directores técnicos, que permanecen ociosos por falta de capital. En la

Sociedad habría hombres de conciencia que sugiriesen ideas y examinasen proyectos, que informasen sobre el grado de competencia y sobre la situación de los mercados. Habría también hombres que pusieran en contacto al capitalista con el industrial de buena fe. La Sociedad, en suma, fomentaría el espíritu industrial por todos los medios de propaganda, velaría por la competencia y la buena fe, excitaría á los remisos, refrenaría á los fantásticos, aconsejaría leal y desinteresadamente, pondría en contacto el dinero, la inventiva y el espíritu de organización.

Esta es una cuestión que no puede ser indiferente á nadie. Interesa á gobernantes y gobernados, á capitalistas y técnicos, á patronos y obreros, á productores y consumidores, á toda la nación. Es un asunto nacional. Una rápida industrialización puede transformar de cuajo á España, económica, política é intelectualmente. La guerra nos brinda el momento. Todos los hombres que sufran ante el presente de España y se inquietan ante su porvenir, sea cual sea su bando político y su clase social, debieran agruparse para una obra común de intereses colectivos. Y el fomento de la industria española es en estos instantes la cuestión radical.

Se dirá que la existencia de las Sociedades Económicas de Amigos del País hace superflua la creación de una Sociedad para el fomento de las industrias, puesto que es el mismo el objeto de origen. Pero ¿dónde está la vitalidad de estas Sociedades

Económicas? No se tropieza con ellas en la vida social contemporánea; hay que buscar su sentido preterito en las bibliotecas; su nombre parece la etiqueta gloriosa de un objeto de museo histórico. Por lo menos, en esta grave coyuntura no han dado los signos vitales que eran del caso. ¿Sería posible rejuvenecerlas? Si no lo fuera, con ser grande el respeto que se merecen, no habría que tener escrúpulos en sustituirlas.

12 de Septiembre de 1915.

LA RUTA DEL ASIA

Con motivo de la movilización de Bulgaria, los periódicos alemanes han vuelto á confesarnos cuál es la meta que busca Alemania á lo largo de la sangrienta ruta de la guerra. Bibliotecas enteras han escrito los alemanes para definir y justificar el imperalismo germánico. Pero en los libros escritos antes de la guerra, estas aspiraciones de política mundial están expresadas en un tono de cautelosa mesura, con la manifiesta intención de no provocar extremadas sospechas. Ya no es menester esta precaución. Los alemanes han arrojado desafiantemente su máscara. Los periódicos dicen en un párrafo lo que antes requería un volumen. Véase lo que un periódico de Hamburgo, el «Fremdenblatt», escribía recientemente, refiriéndose al anunciado avance alemán sobre Servia:

«Será conquistado el camino de Constantinopla, y entonces se extenderá sin interrupción un largo ferrocarril desde Hamburgo hasta Bagdad. Quedará abierto el camino para que los géneros alemanes va-

yan á Turquía y los géneros turcos á Alemania. Un firme territorio económico llegará entonces desde el mar del Norte hasta el Golfo Pérsico y la frontera de la India; los ricos productos del suelo del Asia Menor se abrirán paso hasta las potencias centrales, sin que la escuadra británica pueda estorbar el movimiento. Eso significará el colapso definitivo de los planes ingleses para aislar á Alemania y á Austria-Hungría de las materias primas del mundo.»

En estas claras, rotundas palabras está la última razón de ser de la guerra que ha provocado Alemania. Más que Africa, rica, pero insalubre, su ideal imperialista es Asia. Aspira á las riquezas de Mesopotamia, á las de la misma India. Para ello necesita de Constantinopla, que los turcos se la han ofrecido en espontáneo vasallaje. Pero también necesita de un tránsito por los Balkanes. El crecimiento de Servia dificultaba de día en día la posibilidad de este paso. El crimen de Sarajevo fué un atentado contra la política germánica, que se proponía sojuzgar á los pueblos balcánicos para llegar á Constantinopla. Se explica que Austria quisiera castigarlo; se explica que Alemania la secundara ó la incitara á ello. Castigar el crimen equivalía á mantener la continuidad de una política imperialista; acaso era llevarla de una vez á cabo.

Pero Alemania conocía el «peligro ruso». ¿Qué era el peligro ruso? Sencillamente, el peligro de que Rusia saliese al paso de Alemania al avanzar ésta por

los Balkanes. No era un peligro para su independencia ni para su integridad, sino para sus planes imperialistas. Del mismo modo que el crimen de Sarajevo no fué un pretexto, sino una causa viva, directa de la guerra, así también el peligro ruso era una realidad. Para sobreponerse á él, se estuvo armando Alemania durante tantos años. En Agosto de 1914 estaba completa su preparación. En cambio, Rusia estaba desprevenida, como hemos visto por su escasez de ferrocarriles estratégicos, de armas y de municiones.

¿Y Francia? ¿Por qué fué sobre ella Alemania, y no sobre Rusia, la peligrosa? Francia, por temor á Alemania, se había aliado con Rusia. Su deber era secundar á Rusia si la atacaba Alemania. Los alemanes sabían esto, y como también sabían que el ataque de los franceses sería rápido é intenso, optaron por ser ellos los agresores de Francia. Esperaban poder aplastarla en pocas semanas y luego volverse tranquilamente á Rusia para aplastarla en unos meses. Hecho esto, su avance por los Balkanes hubiera sido un paseo militar. La resistencia de Bélgica, con la cual no contaban los alemanes, dió tiempo á Francia para aprestarse á la defensa, y la resistencia de Francia dió tiempo á Rusia para prepararse en línea de batalla, y aun para invadir territorios del enemigo.

Sin embargo, si los alemanes no hubieran tenido que luchar mas que con belgas, franceses y rusos, es de temer que sus planes no hubiesen fallado. Un factor inesperado los desbarató: la intervención de

Inglaterra. ¿Por qué intervino? Queden á un lado las razones morales fundadas en la violación de la neutralidad de Bélgica. Limitémonos á una interpretación económica. Los políticos ingleses vieron en seguida que la guerra, en el fondo, iba contra el imperio británico. Dueña Alemania de todo el camino de Constantinopla, después de reducir, por grado ó por fuerza, á los países de tránsito á una especie de vasallaje—Turquía, los Estados balcánicos y la misma Austria—y de someter á Rusia y á Francia, no hubiera hallado dificultad en apoderarse en Asia de grandes y ricos territorios, independientes ó bajo el protectorado de otras naciones. Inglaterra no hubiera podido conservar la India, defendida en su mayor parte por soldados indios, ni el Egipto. Para la economía inglesa esto hubiera significado una catástrofe. Establecida una línea terrestre de comunicaciones desde el centro de Alemania al centro de Asia, sólo interrumpida por el Bósforo, la corriente más caudalosa de la riqueza asiática desembocaría en territorio alemán, que sería entonces, en vez de Inglaterra, el gran emporio europeo. Las Islas Británicas quedarían desviadas de la línea más corta de comunicación entre Oriente y Occidente. Esto sería fatal para su predominio económico.

Pero Alemania podría precipitar artificialmente la decadencia de Inglaterra. Triunfante en todo el continente europeo, impondría sobre los vencidos Tratados de comercio en extremo favorables para su

producción y cambio, y funestos para Inglaterra. Si ésta se quejaba é iba entonces á una guerra, acaso intentara Alemania un nuevo bloqueo continental, ó sea, prohibir directa ó indirectamente á todas las naciones del continente europeo la importación de géneros ingleses, para hundir á Inglaterra por el hambre y por la ruina. Ese fué el magno proyecto de Napoleón. En el fondo de todas las guerras napoleónicas no hay más que un enemigo verdadero: Inglaterra. En esta muchedumbre de beligerantes que ahora luchan con Alemania, Inglaterra es también «el» enemigo. Francia y Rusia son enemigos accesorios. Los ingleses, que saben su historia, vieron el juego desde el primer instante y se adelantaron á los alemanes.

El «Gott straffe England» (¡Dios castigue á Inglaterra!), que se repite en Alemania como una maldición nacional, encierra el inmenso dolor impotente de ver frustrado uno de los proyectos más ambiciosos de política mundial.

1.º de Octubre de 1915.

LA GUERRA FATAL

Hace unos días, en el teatro de San Carlos, de Nápoles, tuvo lugar un acto político de gran resonancia en Italia y en Europa. Concurrieron á él como espectadores el presidente del Consejo, Salandra; dos ministros, numerosos diputados, hombres de todas las ideas y de todas las clases sociales, una muchedumbre inmensa y exaltada. El orador principal fué Barzilai. El acto tenía un carácter simbólico. Barzilai había sido un rudo oponente de la alianza austroitaliana, especialmente al renovarse en 1902; ahora, en Nápoles, se glorificaba su oposición del pasado. Barzilai es hijo de Trieste; al aparecer ahora en el teatro napolitano de San Carlos como ministro sin cartera, veíase en él la personificación de las provincias irredentas.

Fué el acto una reiteración, algo así como un nuevo examen de conciencia. Los italianos pensaron largamente en el paso que daban antes de ir á la guerra con Austria. Los sacrificios serían duros, larga la campaña. Sin embargo, no es lo mismo medir un esfuerzo antes de lanzarse á él que después de iniciado. El ímpetu pasional magnifica el propio poder y ami-

nora la magnitud del obstáculo. Pero en medio de la empresa, una vez encalmada la pasión inicial, la propia fuerza aparece menguada, y acrecida la resistencia que ha de vencerse. ¿No estarían arrepentidos los italianos de su aventura, denominada así, con el aditamento de loca, por algunos compasivos germanófilos? ¿No se fatigarían pronto de combatir contra los enemigos meteorológicos (niebla, nieve, frío), contra los enemigos topográficos (montañas altísimas, caminos trazados casi á plomo) y contra sus enemigos históricos, los austriacos, atrincherados en lo alto de los montes y defendidos por una mortífera artillería?

Varios meses llevan los italianos de guerra. El acto de Nápoles ha sido como un nuevo examen de conciencia, como una nueva medición de la propia energía. El resultado ha sido rotundo. Italia, por boca de su personificación irredentista, Barzilai, ha afirmado su persistencia en la lucha, su reiteración en el propósito de liquidar definitivamente las querellas seculares con Austria. Nace esta tenaz decisión de una idea fatalista: la de pensar que una guerra entre Austria é Italia era inevitable. El discurso de Barzilai, que, aun leído, da una impresión de llama—calor, claridad, línea pura—, desenvuelve este concepto del fatalismo austroitaliano.

Para Austria no estaba aún muerto el período de su pretérita dominación en Italia. Eran muchos y muy influyentes los austriacos que de lo alto de los Alpes contemplaban la península apenina como el

escenario donde había de repetirse la vieja epopeya de conquista y sojuzgamiento. La nacionalidad italiana constituía para ellos, como la nacionalidad servia, algo así como una usurpación y un perenne motivo de inquietud. La política exterior austriaca era la sencillez misma: aplastar á Servia é infligir á Italia un golpe que la paralizase por mucho tiempo. Sólo así podía mantenerse la unidad heteróclita del Imperio austriaco. Era la ley fatal de todo imperialismo. Los pueblos no viven separados entre sí por líneas precisas de raza, de lengua, de religión ó de cualquiera otro de los factores que forman la nacionalidad. Difícilmente puede hallarse una solución de continuidad espiritual en la especie humana. Toda frontera terrestre es, pues, siempre un artificio, aunque por ahora sea un artificio necesario, ya que la capacidad de organización del hombre dista aún mucho de poder constituir una unidad política con toda la especie humana. De ahí que cuando una nación conquista un pueblo extraño, no sólo mete en casa á un enemigo, sino que deja á la puerta otro enemigo, que es el pueblo limítrofe, unido al conquistado por parentesco de raza, de lengua, de historia. Nada más natural que estos dos enemigos trabajen en común: el que aún permanece libre tratará de libertar al oprimido. En este trance, el pueblo conquistador intentará á su vez apoderarse del vecino sedicioso; si lo consiguiese, no haría sino extender el conflicto, trasladarlo á una nueva frontera, y así indefinida-

mente. El imperio perfecto es el imperio universal.

Esta terrible ley imperialista, que obliga á los pueblos conquistadores á seguir conquistando siempre para mantener lo que ya poseen, es la que empujó á Austria á anexionarse Bosnia y Herzegovina y á declarar la guerra á Servia. Es la misma ley que le hacía oprimir á Trieste y Trento, exacerbando el sentimiento nacionalista de los italianos de estas provincias y de los del resto de la península apenina. La norma de los imperialistas es la fuerza, la dominación violenta; si los pueblos subyugados se quejan de cualquier dureza de tratamiento, no hay sino hacerlo más duro aún; si piden algo, se les dará todo lo contrario, no sea que, en caso de otorgárselo, soliciten nuevas cosas, hasta no estar conformes más que con la independencia.

Con un poco más de sentido político, los austriacos hubieran podido convertir las provincias sometidas en una zona mixta, mitad italiana y mitad germánica, una zona que acaso se hubiera hallado á gusto entre las dos naciones, á modo de puente, participando á la vez de los sistemas políticos y de los tipos de cultura de ambas.

Cuando se es benévolo con un pueblo conquistado, puede extinguirse en él el espíritu separatista. Prueba de esto nos la dan las colonias inglesas, singularmente el Transvaal. Los italianos de Trieste y Trento no hubieran necesitado, probablemente, de la separación de Austria para alcanzar una relativa con-

formidad. Y los demás italianos de la península también hubieran visto con agrado una solución intermedia de este problema nacionalista, que hacía difícil la alianza austroitaliana y que acabaría por hacer inevitable una guerra.

Pero los austriacos nunca quisieron conceder nada. Les era extraño el espíritu liberal. No conocían más que la dureza de la mano de hierro. Y como el descontento era cada vez mayor en las provincias sometidas y en el resto de Italia, la dureza tenía que aumentar continuamente. Como recurso supremo, había muchos austriacos de gran influencia que querían una guerra con Italia. La quería el general Conrad, jefe del Estado mayor austriaco en un tiempo, el cual había escrito al pie de una relación sobre preparativos militares estas palabras: «¡Oh! ¿Por qué no se me escuchó cuando propuse atacar á Italia en 1908?» Era la época en que Italia estaba abatida por los terremotos de Calabria y Sicilia. La «*Armees Zeitung*» («Gaceta del Ejército») llegó á decir que era necesario aniquilar á los italianos del Imperio, por «supremas razones estratégicas», para no encontrarse con elementos infieles á la espalda el día en que Austria tuviese que declarar la guerra á Italia.

Previsores los austriacos en esto, como los alemanes en proveer al ejército invasor de Bélgica de guías magistralmente hechas, llegaron á suministrar al ejército un vocabulario alemán-italiano para servir de él al invadir Italia. Lo negó el Gobierno de

Viena; pero el ejemplar que cayó en manos italianas llevaba el sello del Mando militar de Goritzia. La guerra con Italia, como la guerra con Servia, era un momento fatal en el proceso del imperialismo austriaco. Anticipándose á esta fatalidad, la aceptó el pueblo italiano, después de pensarlo mucho fríamente. El discurso de Barzilai, portavoz de la nación entera, ha corroborado el firme propósito de Italia de resolver definitivamente su viejo pleito nacionalista con Austria.

Este pleito, uno de los más agrios de la historia contemporánea, nos enseña lo que ha de ser la Europa posterior á la guerra, si no quiere que en su cuerpo exangüe queden nuevas heridas que llevarán en sí el microbio de futuras luchas. Ha de ser una Europa sin problemas nacionalistas. Mientras haya pueblos incorporados á otros por la fuerza, la paz europea será, como hasta ahora, una ilusoria apariencia. Habrá política de armamentos y más guerras. Derrotados los Imperios centrales, que son los que tienen sometidos á más pueblos europeos, será menester que cada uno de éstos, una vez libre, escoja la nacionalidad á que desea voluntariamente incorporarse, ó la independencia, si así lo prefiere. Aunque cambie el mapa europeo; otra cosa sería dejarle en el mismo estado de odios y resquemores. Y eso no valdría la pena de haber vertido ríos de sangre.

6 de Octubre de 1915.

TEÓFILO DELCASSÉ

La dimisión de Delcassé, si fundamentalmente obedece á la ineficacia de los diplomáticos aliados en los Balkanes, como se supone, significa que este sagaz y enérgico político ha sufrido una segunda derrota á manos de Alemania. La primera fué en 1905, á raíz del viaje de Guillermo II á Tánger, por consecuencia del Tratado de Marruecos entre Inglaterra y Francia, que puso á este país en el dilema de echar por la borda á Delcassé como ministro de Estado, ó de ir á la guerra con el Imperio alemán. Ahora, diez años más tarde, Alemania inflige á Delcassé una nueva derrota diplomática, obligándole por segunda vez á abandonar el ministerio de Relaciones Exteriores. Todo hace suponer que la retirada de este hombre extraordinario será transitoria ó ficticia, pues no anda Francia tan sobrada de estadistas de su temple; pero aunque fuese definitivo su destierro de la zona de gobierno, no habría que lamentarlo sino muy relativamente. Pueden faltar detalles para su comple-

tamiento, mas la obra de su vida la terminó Delcassé hace años. En realidad estaba ya hecha en 1905, cuando Alemania pidió iracundamente su dimisión. Aquel triunfo diplomático fué, como tantos otros militares de estos últimos meses, un triunfo pírrico para Alemania: hizo que desapareciera el hombre, y eso sólo temporalmente, cuando su obra había alcanzado su plenitud y era en absoluto indestructible.

Se ha dicho de Eduardo VII que á él se debe la creación del Triple Acuerdo y la supuesta política de aislar á Alemania, que se atribuía á este grupo de potencias. En rigor de verdad, la gloria ó el descrédito de haber reunido en un grupo á Rusia, Francia é Inglaterra se le debe á Delcassé. Su antecesor en el ministerio de Relaciones Exteriores, Hanotaux, había favorecido una aproximación francoalemana contra Inglaterra. Si cuando el incidente de Faschoda (1898) entre Francia é Inglaterra, por el dominio de Egipto, hubiese sido ministro de Estado Hanotaux, los peligros de una guerra francobritánica hubieran sido mucho mayores de lo que fueron. El motivo se presentaba como pocos para provocar un conflicto con Inglaterra, bajo el sempiterno pretexto del honor nacional ultrajado. Marchand — herido hace pocos días — había izado en Faschoda la bandera francesa; Kitchener — hoy ministro de la Guerra — izó la inglesa y la egipcia, y obligó al capitán francés á arriarla de su nación. Pasó por Francia una ráfaga de indignación bélica. Pero cedió á la postre. La explica-

ción técnica fué que su Marina no estaba preparada. La verdadera razón política fué que Delcassé, nombrado ministro de Relaciones Exteriores poco antes del incidente de Faschoda, no quería una guerra con Inglaterra. Ya entonces bullía en su espíritu la idea de la «Entente cordial».

Se ha dicho de Delcassé que desde el primer instante el móvil de su política fué el propósito del desquite, el deseo de reganar á Alemania los laureles conquistados por ésta en la guerra del 70. Más probable es, sin embargo, que intentara prevenirse contra una nueva agresión. Hombre de larga vista política, sabía que en una rivalidad francobritánica por causa de África, poco ó nada podía esperar Francia de la ayuda de Alemania. ¿De qué le servía al pueblo francés tener á su lado al elefante teutón contra la ballena británica?

Delcassé vió, pues, que lo que á su país le convenía era solucionar amistosamente con Inglaterra la vieja cuestión del Egipto y la nueva de Marruecos. Así lo hizo, con una persistencia verdaderamente bismarckiana. Poco después de ser ministro, pronunció, en 1898, estas palabras, que son el programa capital de su vida: «No quisiera abandonar esta casa ni apartarme de este ministerio (el de Estado) sin haber establecido una buena inteligencia con Inglaterra.» Con el advenimiento de Eduardo VII al trono halló Delcassé en el nuevo monarca británico un propulsor entusiasta de su política internacional. En

1903—hacia cincuenta años que un jefe de Estado francés no ponía los pies en territorio británico—fué Loubet á Londres á devolver la visita de Eduardo VII á París. Le acompañaba Delcassé. En el verano de ese mismo año se concertaba el Tratado de Marruecos entre Inglaterra y Francia. Estaba hecha la «Entente cordial».

En la inteligencia entre Inglaterra y Rusia tuvo Delcassé una parte muy influyente. El acuerdo francobritánico preparó el acuerdo anglorruso. Hecho esto, la fusión de estos dos grupos en uno era algo fatal. De la política de Delcassé había de resultar inevitablemente el Triple Acuerdo. A él se debe, pues, esta agrupación de potencias tanto ó más que á ningún otro estadista.

Pero no se conformó Delcassé con organizar un grupo de potencias frente á Alemania. En 1898, paralelamente á la aproximación á Inglaterra, inicia, después de diez años de guerra comercial, la atracción de Italia, debilitando de ese modo la Triple Alianza. La base es un Tratado de comercio, y, de acuerdo con Inglaterra, una promesa de libertad de acción en Trípoli. Con esto, Italia, aunque continúa renovando su alianza con Alemania y Austria, se siente moralmente desgajada de ese grupo. Si no por la labor de Delcassé, es dudoso que Italia hubiera dejado de ponerse junto á los Imperios centrales en esta guerra, y más dudoso aún que hubiera intervenido en favor de los aliados.

Alemania se dió cuenta un poco tarde de la política del ministro francés recientemente dimisionario. Del Tratado francobritánico de 1903 sobre Marruecos sólo se publicó una parte, y la más importante quedó secreta. En 1905, habiendo traslucido algo de lo que iba á pasar en Marruecos, hizo Guillermo II su resonante viaje á Tánger para saludar al sultán como «soberano independiente» y pedirle que velase por los intereses económicos de Alemania en su Imperio. Por efecto de este viaje la Prensa alemana emprendió una campaña de extrema dureza contra Delcassé. El Gobierno alemán se llamó á engaño por no habersele notificado todo el contenido de los convenios entre Francia, Inglaterra y España sobre Marruecos. Como resumen, pidió al Gobierno francés que se convocara una Conferencia internacional para discutir la cuestión marroquí.

Con toda energía se opuso á ella Delcassé, arguyendo que en ningún caso se atrevería Alemania á declarar la guerra á Francia mientras ésta contase con la ayuda material de Inglaterra. Pero Rouvier, entonces presidente del Consejo de ministros, replicó que Delcassé había practicado una política antialemana demasiado aguda, había separado á España de Alemania, ganado Inglaterra para Francia é insurreccionado á Italia contra Alemania. Rouvier se avino al deseo de Alemania de una Conferencia, que poco después se celebró en Algeciras. Delcassé, viéndose sólo en el Gabinete, presentó su dimisión en Junio

de 1905. Su política quedó entonces interrumpida, pero no rectificada. Al año siguiente, en 1906, Eduardo VII fué á París é invitó con gran ostentación á Delcassé á la embajada inglesa. Era que su política se reanudaba. El triunfo diplomático de Alemania había sido más aparente que efectivo.

Nada más natural que Francia, al estallar la guerra, recurriese de nuevo al hombre que la había preparado diplomáticamente para ella en un esfuerzo de tantos años. Ahora, ante el contratiempo de los Balkanes, Delcassé se retira de nuevo, quizás para combatir con más eficacia en algún otro terreno. Las retiradas de este hombre son tan temibles como sus avances. Vigilemos sus movimientos. Vigílenlos, sobre todo, los alemanes, sus enemigos de siempre, en vez de ufanarse de sus victorias diplomáticas en los Balkanes.

20 de Octubre de 1915.